

RAIMUNDO.—Aprovecha la ocasión. ¡Ven, ven! Las calles están desiertas. Dame la mano. Yo te guiaré. (Al verlo, manifiesta por primera vez sensibilidad. Lo mira, y luego al cielo. Estrecha su mano con efusión, y sale.)

ACTO V.

El teatro representa un bosque. En lontananza, chozas de carboneros. Está muy oscuro, con relámpagos y truenos, y oyéndose, por intervalos, descargas de artillería.

ESCENA PRIMERA.

UN CARBONERO, y SU MUJER.

EL CARBONERO.—La tempestad es horrorosa. El cielo amenaza desgajarse en torrentes de fuego, y en medio del día reinan las tinieblas como á la media noche. Cual infierno desencadenado muge la borrasca; tiembla la tierra, y las seculares encinas encorvan, quejándose, sus copas. Y esta guerra terrible en lo alto, que hasta acobarda á las fieras, y las obliga á refugiarse en las cavernas, no trae la paz á los hombres... A pesar del fragor de los truenos y del huracán, se oyen las descargas de la artillería; tan próximos están los dos ejércitos, que sólo el bosque los separa, y á cada instante puede empezar horrenda y sangrienta batalla.

LA MUJER.—¡Dios nos ampare! Los enemigos estaban

derrotados y dispersos. ¿Cómo, pues, nos atormentan ahora de nuevo?

EL CARBONERO.—Porque no temen ya al Rey, en cuanto se supo en Reims que la Doncella era una hechicera; y desde que el diablo no nos ayuda, todo se ha trastornado.

LA MUJER.—¡Calla! ¿Quién se acerca?

ESCENA II.

LOS MISMOS, y RAIMUNDO y JUANA.

RAIMUNDO.—Aquí veo una cabaña. Ven, y encontraremos un abrigo contra la furiosa borrasca. No podrás resistir más tiempo, al cabo de tres días de vagar incesante, huyendo de todos, y sin otro alimento que raíces silvestres. (Cálmase la tempestad, y el día se aclara.) Son carboneros compasivos. ¡Entrad!

EL CARBONERO — Necesitáis descansar, según parece. ¡Venid! Vuestro es cuanto se cobija bajo esta pobre choza.

LA MUJER.—¿Una tierna doncella armada? ¡Ya se ve! Muchos tiempos son estos, cuando hasta las mujeres han de revestir la coraza. La misma Reina Isabel, según cuentan, está armada á la vista de todos en el campamento enemigo, y una doncella, criada de un pastor, ha peleado por nuestro señor el Rey.

EL CARBONERO.—¿Qué dices? Entrad en la choza, y ofreced á esa joven una copa para que se reanime. (La mujer va hacia la choza.)

RAIMUNDO. (A Juana.)—Ya veis que no todos los hombres son perversos. También en estas soledades hay buenos corazones. ¡Serenaos! La tempestad se ha aplacado, y el sol brilla de nuevo, y nos consuela.

EL CARBONERO.—Páreceme que os dirigís al ejército de nuestro Soberano, puesto que camináis armados... ¡Mirad delante de vosotros! Los ingleses están acampados cerca, y sus escuadrones recorren estos montes.

RAIMUNDO.—¡Ay de nosotros! ¿Cómo podremos escaparnos?

EL CARBONERO.—Quedaos aquí, hasta que mi hijo venga de la ciudad. Os guiará por sendas poco frecuentadas, y nada tendréis que temer. Conocemos todos los rodeos.

RAIMUNDO. (A Juana.)—Despojaos del yelmo y de la armadura. Os delata, y no os protege. (Juana sacude la cabeza.)

EL CARBONERO.—Esta joven parece muy afligida... ¡Silencio! ¿Quién viene?

ESCENA III.

LOS MISMOS; la MUJER del Carbonero, que sale de la choza trayendo una copa, y el HIJO del Carbonero.

LA MUJER.—Es el niño, cuya vuelta esperábamos. (A Juana.) ¡Bebed, noble joven! ¡Que Dios os bendiga!

EL CARBONERO. (A su hijo.)—¿Llegaste ya, Anet? ¿Qué traes?

EL HIJO. (Que mira á Juana mientras bebe, la conoce, y le quita la copa.) ¡Madre, madre! ¿Qué hacéis! ¿A quién hospedáis! ¡Es la hechicera de Orleáns!

EL CARBONERO Y SU MUJER.—¡Que Dios nos ampare! (Se persignan, y huyen.)

ESCENA IV.

RAIMUNDO y JUANA.

JUANA. (Serena, y con dulzura.)—Ya ves: me persigue la maldición, y todos huyen de mí. Piensa en salvarte, y abandóname.

RAIMUNDO.—¡Yo abandonarte! ¿Ahora? ¿Y quién te acompañara?

JUANA.—No me falta compañía. Has oído al trueno retumbar sobre mi cabeza. Mi destino es mi guía. No te inquietes; llegaré á mi fin sin buscarlo.

RAIMUNDO.—¿Adónde quieres ir? Aquí están los ingleses, que han jurado tomar de tí horrible y sangrienta venganza... allí los nuestros, que te han rechazado y desterrado...

JUANA.—No me sucederá sino lo que me haya de suceder por necesidad.

RAIMUNDO.—¿Quién te alimentará? ¿Quién te protegerá contra las fieras, y quién contra los hombres, más temibles todavía? ¿Quién te asistirá, si enfermas y te ves reducida á la miseria?

JUANA.—Conozco todas las hierbas, todas las raíces. Mis ovejas me enseñaron á distinguir las saludables de las ponzoñosas... Comprendo el curso de los astros y de las nubes y oigo correr las fuentes ocultas. El hombre necesita poco, y la naturaleza le da mucho, porque es muy rica.

RAIMUNDO. (Tomándole la mano.)—¿No quieres volver á tu hogar? ¿Ni reconciliarte con Dios?... ¿Ni ingresar de nuevo, arrepentida, en el seno de la Iglesia?

JUANA.—¿Pero tú me crees también culpable?

RAIMUNDO.—¿Cómo no? Tu tácita confesión...

JUANA.—Tú, que me has acompañado en mi desgracia, el único sér, que me ha guardado fidelidad y encadena su suerte á la mía, cuando todos me rechazan, ¿me miras como á una mujer reprobada, que renega de su Dios?...

(Raimundo se calla.) ¡Oh! ¡Esto es duro en verdad!

RAIMUNDO.—¿No eres, pues, hechicera?

JUANA.—¡Yo hechicera!

RAIMUNDO.—¿Entonces, sólo con la ayuda de Dios y de sus santos has hecho tales milagros?

JUANA.—¿Cómo podría ser de otro modo?

RAIMUNDO.—¿Y te callaste, oyendo tan tremenda acusación?... ¿Hablas ahora, y cuando debías hablar ante el Rey, enmudeciste?

JUANA.—Me sometí en silencio al amargo trance, á que me sujetaba Dios, mi Señor.

RAIMUNDO.—¿No contestar siquiera á tu padre?

JUANA.—La prueba venía de Dios, porque venía de mi padre.

RAIMUNDO.—¡Hasta el cielo testificó contra tí!

JUANA.—Porque habló el cielo, callé yo.

RAIMUNDO.—¿Cómo! ¿Podías disculparte con una palabra, y dejaste á todos en tan desventurado error?

JUANA.—No era un error, sino un decreto del cielo.

RAIMUNDO.—¿Toleraste inocente tal oprobio, y ni una queja articularon tus labios?... Te admiro, y me siento conmovido hasta lo más hondo de mi corazón. De buen grado te creo, porque me afligía considerarte culpable. Sin embargo, yo no podía ni aun soñar que ningún sér humano sufriese en silencio tan monstruosa afrenta.

JUANA.—¿Merecía ser yo la enviada de Dios, si no acataba ciegamente su voluntad? No soy tan miserable como tú imaginas. Me aqueja la necesidad, pero, para mi situación, no es ninguna desdicha. Me veo desterrada y fugitiva,

pero en mi soledad he aprendido á conocerme. Cuando me rodeaba el esplendor de la gloria, había lucha en mi pecho, y era la más miserable, cuando más me envidiaba el mundo... Ahora estoy curada, y esta tempestad de la naturaleza, que amenazaba tragarse la tierra, me ha favorecido, purificando la atmósfera, y á mí también... La paz reina en mi alma... Suceda lo que quiera, nada me inspira temor.

RAIMUNDO.—¡Oh! ¡Ven, ven! Apresurémonos á proclamar en voz alta tu inocencia, para que todos la conozcan.

JUANA.—Quien ha consentido este yerro, sabrá deshacerlo. Los frutos del destino caen por su propio peso, cuando están maduros. Llegará el día, en que se demuestre mi inocencia. Quienes ahora me rechazan y condenan, comprenderán cuánta ha sido su insensatez, y llorarán mi suerte.

RAIMUNDO.—Menester era que yo callase, hasta que...

JUANA. (Tomando su mano con dulzura.)—Tú no ves sino el aspecto natural de las cosas, porque venda mundana cubre tus ojos. Los míos han contemplado cosas inmortales... Sin la voluntad de Dios no se cae un solo cabello de la cabeza de los hombres... ¿Ves cómo el sol descende allí en el horizonte? Del mismo modo que mañana brillará de nuevo en todo su esplendor, así vendrá también el día de la verdad.

ESCENA V.

LOS MISMOS, y la REINA ISABEL, con SOLDADOS que aparecen por el fondo.

LA REINA. (Detrás de la escena.)— Este es el camino del campamento inglés.

RAIMUNDO.—¡Ay de nosotros! ¡El enemigo! (Entran soldados, que, al ver á Juana, retroceden asustados.)

LA REINA.—Veamos, ¿por qué retrocedéis?

LOS SOLDADOS.—¡Dios nos socorra!

LA REINA.—¿Os espanta algún espectro? ¿Sois soldados ó mujercillas?... ¿Cómo? (Penetra entre ellos, y retrocede también al ver á Juana.) ¿Qué veo? ¡Ah! (Se repone en seguida, y sale á su encuentro.) ¡Entrégate! ¡Eres mi prisionera!

JUANA.—¡LO SOY! (Raimundo huye desesperado.)

LA REINA. (A los soldados.)—¡Encadenadla! (Los soldados se aproximan con timidez á la Doncella. Esta presenta sus brazos, y la sujetan.) He aquí á la poderosa, á la temida, la que os aterraba como si fueseis corderos, y ahora no puede defenderse á sí misma. Si hacía milagros, era por vuestra credulidad, y se convierte en mujer, en cuanto encuentra un alma varonil. (A la Doncella.) ¿Por qué abandonas tu ejército? ¿En dónde está el Conde Dunois, tu caballero y protector?

JUANA.—Me han desterrado.

LA REINA. (Retrocediendo admirada.)—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Te han desterrado? ¿Desterrada por el Delfín?

JUANA.—No preguntéis más. Soy vuestra prisionera. Pronunciad mi sentencia.

LA REINA.—¿Desterrada cuando lo has sacado del abismo, cuando le das la corona en Reims, y lo has hecho Rey de

Francia? ¡Desterrada! Conozco en esto á mi hijo... Llevadla al campamento. Mostrad á las tropas la fantasma, ante la cual temblaba. ¡Es acaso hechicera? Todos sus hechizos son el efecto de vuestra insensatez y de vuestra cobardía. Es una loca, que se sacrifica por su Soberano, y que ahora recibe el premio merecido de ese mismo Soberano... Llevadla á Lionel... Le envío atada la fortuna de los franceses. Yo la seguiré al punto.

JUANA.—¿A Lionel? Matadme aquí antes.

LA REINA. (A los soldados.) ¡Obedecedme! Lleváosla (Vase.)

ESCENA VI.

JUANA, y LOS SOLDADOS

JUANA. (A los soldados.)—No consentáis, oh ingleses, que yo salga viva de vuestras manos. ¡Vengaos! Desenvainad vuestras espadas, y atravesadme el corazón. Llevadme ya muerta á vuestro General. Recordad que soy quien ha hecho sucumbir á vuestros más valerosos adalides, que nunca os mostró compasión, que ha derramado torrentes de sangre inglesa, y privado á vuestros héroes más distinguidos del placer de regresar á su patria. ¡Tomad sangrienta venganza! ¡Matadme! Vuestra soy ahora. No siempre me encontraréis tan débil...

EL CAPITÁN DE LOS SOLDADOS.—Haced lo que la Reina os manda.

JUANA.—¿He de ser aún más desdichada de lo que ya he sido? ¡Virgen temible! ¡Cuán pesada es tu mano! ¿Me retiraste por completo tu protección? Ni Dios ni ángel alguno se me aparece, cesan los milagros, y el cielo se ha cerrado para mí. (Sigue á los soldados.)

ESCENA VII.

El campamento francés.

DUNOIS, entre EL ARZOBISPO y DUCHATEL.

EL ARZOBISPO.—Refrenad, oh Príncipe, vuestra negra melancolía. ¡Venid con nosotros! Volved á vuestro Rey. No abandonéis la causa común en este momento, porque vencidos de nuevo, necesitamos del auxilio de vuestro brazo.

DUNOIS.—¿Por qué somos vencidos? ¿Por qué cobra ánimo el enemigo? Todo estaba hecho; Francia victoriosa, y la guerra terminada. Habéis desterrado á vuestra salvadora. ¡Salvaos ahora vosotros! Yo no veré más el campamento, si Juana no está en él.

DUCHATEL.—¡Tomad mejor acuerdo, Príncipe! No nos respondáis de esa manera.

DUNOIS.—¡Callad, Duchatel! Os detesto, y nada quiero oír de vuestros labios. Sois el primero que dudasteis de ella.

EL ARZOBISPO.—¿Quién no se había de engañar, y vacilar en ese día malhadado, en que tantos signos testificaban contra Juana? Estábamos sorprendidos, amenazados; el golpe era mortal para nuestro corazón... ¿Quién podía permanecer sereno en aquel momento horroroso? Ahora es cuando reflexionamos. La vemos como fué entre nosotros, y no encontramos motivo alguno de censura; estamos confusos; tememos haber cometido alguna grave injusticia... El Rey está arrepentido. El Duque se acusa á sí mismo, La Hire se muestra inconsolable, y todos estamos tristes.

DUNOIS.—¡Ella una impostora! Si la verdad hubiese de

revestir alguna vez figura humana, había de elegir la suya. Si la inocencia, si la lealtad, si la pureza de las intenciones han habitado algún día sobre la tierra... ha sido en sus labios, en sus nobles ojos.

EL ARZOBISPO.—Que el cielo se declare por medio de un milagro, y descifre este misterio, que nuestra corta vista no penetra... Pero sea la que fuere la terminación de este contratiempo, hemos pecado. Nos hemos defendido con armas infernales, ó hemos desterrado á una santa. Y cualquiera de estos motivos es bastante para llamar la ira y el castigo del cielo sobre este país infortunado.

ESCENA VIII.

Los mismos, y UN NOBLE, y luego RAIMUNDO.

EL NOBLE.—Un pastor joven pregunta por Vuestra Alteza, y pide con grande ahinco hablaros; viene, según dice, de parte de la Doncella...

DUNOIS.—¡Corred! ¡Traedlo! ¡Que entre! (El Noble abre á Raimundo la puerta. Dunois sale á su encuentro.) ¿En dónde está? En dónde está la Doncella?

RAIMUNDO.—¡Dios os guarde, noble Príncipe! Y me alegro en el alma encontrar á vuestro lado á este piadoso Obispo, á este santo varón, protector de los oprimidos y padre de los desafortunados.

DUNOIS.—¿En dónde está la Doncella?

EL ARZOBISPO.—¡Dinoslo, hijo mío!

RAIMUNDO.—Señor, no es ninguna hechicera. Lo aseguro por Dios y por todos los santos. El pueblo se ha engañado. Habéis desterrado á una inocente, y rechazado á la enviada por Dios.

DUNOIS.—¿En donde está? ¡Dilo!

RAIMUNDO.—La acompañé en su huida por las Ardenas. Allí me ha franqueado su corazón. Que muera yo mártir, que mi alma no disfrute de la dicha eterna, si ella no está exenta, oh señor, de toda culpa.

DUNOIS.—El mismo sol del cielo no es más puro. Pero, ¿en dónde está? ¡Dilo!

RAIMUNDO.—¡Oh! Si Dios ha mudado vuestro corazón... ¡corred á salvarla! Es prisionera de los ingleses.

DUNOIS.—¡Prisionera! ¿Cómo?

EL ARZOBISPO.—¡La desdichada!

RAIMUNDO.—Fué sorprendida en las Ardenas, en donde nos refugiamos, por la misma Reina, y entregada á los ingleses. ¡Oh! salvadla de una muerte horrorosa, ya que salvó á vosotros.

DUNOIS.—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Tocad los tambores! ¡Sonad la alarma! ¡A pelear todas las tropas! ¡Que todos los franceses se apresten á la batalla! ¡Nuestro honor lo pide! ¡Hay que recobrar la corona y nuestro palladium, arriesgar toda nuestra sangre, las vidas de todos! ¡Es preciso libertarla ante que acabe el día. (Vanse.)

ESCENA IX.

Una torre, con una ventana alta.

LA REINA ISABEL, FALSTOLF, JUANA y LIONEL.

FALSTOLF. (Entrando precipitadamente.)—Ya es imposible contener á la muchedumbre. Exige furiosa que muera la Doncella. Os oponéis en vano. Matadla, y arrojadla de cabeza desde esta torre. El ejército no se calmará, hasta que no corra su sangre.

LA REINA. (Que entra.)—Arriman escalas, y acuden en tropel. Acceded á su deseo. ¿Esperaréis, que, en su rabia ciega, derriben la torre, y nos maten á todos? ¡Entregadla!

LIONEL.—¡Dejad que la asalten! ¡Dejadlos que a borotén! Este castillo es fuerte, y prefiero sepultarme en sus ruinas á ceder á su demanda... Respóndeme, Juana. Sé mía, y te defiende contra todos.

ISABEL.—¿Qué hacéis?

LIONEL.—Los tuyos te han rechazado. Ningún lazo te une ya á tu ingrata patria. Los cobardes, que te amaban, te abandonaron, no osando pelear en defensa de tu honor. Yo lo defiende contra todos los míos... Me hiciste creer un día que te era cara mi vida. Y entonces combatía yo contra tí como enemigo. Ahora yo soy tu único amigo.

JUANA.—Tú eres mi enemigo, y el enemigo odioso de mi pueblo. Nada puede haber común entre tú y yo. No puedo amarte. Sin embargo, si sientes inclinación hacia mí, sirve á ambos pueblos... Lleva lejos de mi patria á tu ejército, entrega las llaves de todas las ciudades, que habéis conquistado por la fuerza, da libertad á los prisioneros, ofrece rehenes como garantía de ese pacto sagrado, y así, yo cierro contigo la paz en nombre de mi Rey.

LA REINA.—¿Nos impondrás condiciones, siendo nuestra prisionera?

JUANA.—Hazlo así ahora, no cuando la necesidad te obligue. Francia no sufrirá el yugo de Inglaterra. ¡No, no! ¡Jamás! Será más bien el sepulcro de vuestro ejército. Ya sucumbieron los más valerosos. Pensad en asegurar vuestro regreso; vuestra gloria, vuestro poder, desaparecieron.

LA REINA.—¿Podéis tolerar la arrogancia de esta insensata?

ESCENA X.

LOS MISMOS, y un CAPITAN, que llega corriendo.

EL CAPITAN.—Apresuraos, general; apresuraos á ordenar el ejército para la batalla. Los franceses se adelantan, con las banderas desplegadas, y el ruido de sus armas llena todo el valle.

JUANA. (Con entusiasmo.)—¡Los franceses se adelantan! ¡Al campo, pues, Inglaterra orgullosa! Trátase de venir en seguida á las manos.

FALSTOLF.—¡Necia, reprime tu contento! ¡No verás el fin de este día!

JUANA.—Mi pueblo vencerá, y yo moriré. Los valientes no necesitan ya de mi brazo.

LIONEL.—Desprecio esos hombres afeminados. En veinte batallas los hemos puesto en vergonzosa huida delante de nosotros, antes que esta heroína combatiera en su favor. A todos los tenía en poco, excepto á una, y á esa la han desterrado... ¡Venid, Falstolf! Vamos á prepararles una segunda jornada de Crecy y de Poitiers. Vos, oh Reina, quedaos en esta torre, y guardad á la doncella hasta que la batalla se decida. Os dejo cincuenta caballeros para protegeros.

FALSTOLF.—¿Cómo? ¿Vamos á salir al encuentro al enemigo, y dejamos aquí á esta fanática?

JUANA.—¿Te asusta una mujer encadenada?

LIONEL.—¡Dame palabra, oh Juana, de no escaparte!

JUANA.—¡Escaparme es ahora mi único deseo!

LA REINA.—¡Triplícad sus cadenas! Con mi cabeza resopando que no se escapará. (Sujétanla con pesadas cadenas al cuerpo y los brazos.)

LIONEL. (A Juana.)—¿Así lo quieres? Nos obligas á ello. Todo depende de tí. Renuncia á Francia, empuña la bandera de Inglaterra y eres libre, y esos furiosos, que pedían tu muerte, te servirán.

FALSTOLF. (Invitándole.)—¡Vamos, vamos, mi general!

JUANA.—¡Excusa tus palabras! Los franceses se adelantan. ¡Defiéndete! (Suenan las trompetas, y Lionel sale apresuradamente.)

FALSTOLF.—¿Sabéis lo que habéis de hacer, oh Reina? Si la fortuna se declara contra nosotros; si veis que huyen nuestras tropas...

LA REINA. (Sacando un puñal.)—¡No tengáis cuidado! No virá para presenciar nuestra derrota.

FALSTOLF. (A Juana.)—Ya sabes lo que te espera. Ahora pide á Dios que favorezca á tu pueblo. (Vase.)

ESCENA XI.

La REINA, JUANA, y los SOLDADOS..

JUANA.—¡Así lo haré! Nadie me lo estorbará... ¡Oid! ¡Es la marcha guerrera de mi patria! ¡Con qué entusiasmo late mi corazón en mi pecho, y cómo me anuncia la victoria! ¡Que sucumba Inglaterra! ¡Que venzan los franceses! ¡A ellos, mis valientes! ¡A ellos! ¡La Doncella está cerca de vosotros! No puede ya, como antes, precederos con su bandera... pesadas cadenas la sujetan. Pero su alma, libre de su prisión, vuela sin obstáculos en las alas de vuestra marcha.

LA REINA. (A un soldado.)—Sube á esa ventana, desde donde se domina el campo, y dínos las alternativas de la batalla. (El soldado la obedece.)

JUANA.—¡Valor, valor, pueblo mío! ¡Es la última pelea! Una victoria más, y sucumbe el enemigo.

LA REINA.—¿Qué ves?

EL SOLDADO.—Ya combaten. Un furioso, en un caballo árabe, cubierto con una piel de tigre, se precipita delante de los caballeros armados.

JUANA.—¡Es el Conde Dunois! ¡Adelante, valeroso adalid! ¡La victoria es tuya!

EL SOLDADO.—El Duque de Borgoña ataca los puentes.

LA REINA.—¡Ojalá que diez lanzas atravesen á un tiempo el corazón del traidor!

EL SOLDADO.—Lord Falstolf le opone enérgica resistencia. Los soldados del Duque y los nuestros ponen pie en tierra, y pelean cuerpo á cuerpo.

LA REINA.—¿No ves al Delfín? ¿No conoces las insignias reales?

EL SOLDADO.—Todo está envuelto en polvo. Ya nada distingo.

JUANA.—Si él tuviera mis ojos, ó yo estuviera ahí arriba, ni el más pequeño detalle se me ocultaría. Yo puedo contar al vuelo las aves que pasan, y en las nubes distingo al halcón.

EL SOLDADO.—Junto al foso se traba encarnizada pelea. Los más valerosos, según me parece, batallan allí.

LA REINA.—¿Flota al aire nuestra bandera?

EL SOLDADO.—Flota en lo alto.

JUANA.—Si yo pudiese presenciar el combate por una hendidura, dirigiría desde aquí la batalla.

EL SOLDADO.—¡Ay de mí! Nuestro general es cercado por los enemigos.

LA REINA. (Sacando el puñal contra Juana.)—¡Muere, desdichada!

EL SOLDADO. (Con prontitud.)—Ya está libre. El animoso Falstolf acomete por retaguardia á los enemigos... y rompe sus apretados escuadrones.